

Jesús, el Rey de la Verdad

NO. 1086

**UN SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL JUEVES
19 DE DICIEMBRE, 1872,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz.”
Juan 18:37.***

Ya casi ha llegado la época en la que, por costumbre, nuestros conciudadanos son impulsados a recordar el nacimiento del santo niño Jesús, nacido “Rey de los judíos.” Sin embargo, yo no los voy a guiar a Belén, sino al pie del Calvario; allí aprenderemos de los propios labios del Señor, algo relativo al reino del que Él es monarca, y de esta manera seremos motivados a valorar mucho más, el gozoso evento de Su nacimiento.

El apóstol Pablo nos informa que nuestro Señor Jesucristo dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato. Fue una buena profesión en cuanto a su forma, pues nuestro Señor fue veraz, benigno, prudente, paciente, manso, y, al mismo tiempo, fue firme y valiente. Su espíritu no se acobardó delante del poder de Pilato, ni se exasperó frente sus miradas de desprecio. En Su paciencia señoreaba en Su alma, estableciéndose como el testigo modelo a favor de la verdad, tanto en Su silencio como en Su palabra. Dio también testimonio de la buena profesión, en cuanto a su contenido; pues, aunque habló poco, lo que dijo fue lo necesario. Reclamó Sus derechos a la corona, y, al mismo tiempo, declaró que Su reino no era de este mundo, ni sería sustentado por la fuerza. Él vindicó tanto la espiritualidad como la veracidad esencial de Su soberanía. ¡Si alguna vez nos encontráramos en circunstancias semejantes, que seamos capaces también de dar testimonio de la buena profesión! Tal vez no tengamos que dar testimonio nunca ante un Nerón, como Pablo; pero si tuviéramos que hacerlo, ¡que el Señor nos ayude y nos dé la fortaleza para que nos comportemos como hombres valientes delante del león! En nuestras familias, o entre nuestros conocidos del trabajo, podríamos tener que enfrentarnos a algún pequeño Nerón, o responder a algún insignificante Pilato; que, entonces, demos también testimonio de

la buena profesión. ¡Oh, que tengamos la gracia de quedarnos prudentemente callados o de ser mansamente francos, según lo requiera el caso, y en cualquiera de ambas circunstancias, ¡que seamos fieles a nuestra conciencia y a nuestro Dios! ¡Que el doliente rostro de Jesús, el fiel y verdadero Testigo, el Príncipe de los reyes de la tierra, esté a menudo delante de nuestros ojos, para sofocar el primer brote de indecisión, y para inspirarnos un intrépido valor!

Tenemos para nuestra consideración, en las palabras del texto, una parte de la buena profesión de nuestro Salvador, relacionada con Su reino.

I. Observen, primero que nada, que nuestro Señor AFIRMÓ SER UN REY. Pilato dijo: “¿Luego, eres tú rey?” haciendo la pregunta con una sorpresa burlona, ya que el pobre hombre que estaba frente a él, tenía pretensiones de realeza. ¿Se sorprenden que Pilato se hubiera maravillado grandemente al descubrir pretensiones de realeza asociadas con una condición tan deplorable? El Salvador respondió, en efecto, “Tú dices que yo soy rey.” La pregunta fue sincera a medias; la respuesta fue completamente solemne: “Yo soy rey.” Nada fue expresado jamás por nuestro Señor, con mayor certeza y sinceridad.

Ahora, fíjense que la afirmación de nuestro Señor de ser rey, la hizo sin la menor ostentación ni deseo de sacarle algún provecho. Hubo otras ocasiones en la que si hubiese dicho: “Yo soy rey,” habría sido llevado en hombros por el pueblo, y coronado en medio de aclamaciones generales. Sus paisanos fanáticos en una ocasión le habrían hecho rey de buen grado; y leemos que una vez “iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey.” En esas oportunidades Él hablaba muy poco acerca de Su reino y lo que llegaba a decir, lo expresaba en parábolas, que luego explicaba únicamente a Sus discípulos cuando se encontraban a solas. Muy poco se refería en Su predicación a lo concerniente a Sus derechos de nacimiento como Hijo de David y como vástago de la casa real de Judá, pues rehuía los honores del mundo, y desdeñaba las glorias frívolas de una diadema temporal. El que vino en amor para redimir a los hombres, no tenía ninguna ambición por las insignificancias de la soberanía humana. Pero ahora, habiendo sido traicionado por Su discípulo, acusado por Sus paisanos, estando en manos de un gobernante injusto, y cuando no puede beneficiarse de ello, sino que le acarreará escarnio en vez de honor, entonces declara abiertamente y responde a Su interrogador: “Tú dices que yo soy rey.”

Observen bien la claridad de la declaración de nuestro Señor. No había forma de malinterpretar Sus palabras: “Yo soy rey.” Cuando ha llegado el tiempo para que la verdad sea publicada, nuestro Señor no es

remiso en declararla. La verdad tiene momentos oportunos para el discurso y ocasiones en las que el silencio resulta más conveniente. No debemos echar nuestras perlas delante de los cerdos, pero cuando llega la hora de hablar, no debemos dudar, sino que debemos hablar con la voz de una trompeta, emitiendo un claro sonido que ningún hombre pueda malinterpretar. Así, aunque era un prisionero condenado a muerte, el Señor declara valerosamente Su realeza, sin importarle que Pilato le cubriera de escarnio a consecuencia de ello. Oh, que tengamos la prudencia del Señor para hablar la verdad en el momento oportuno, y el valor del Señor para predicar la verdad llegado su momento. Soldados de la cruz, aprendan de su Capitán.

La afirmación de realeza por parte de nuestro Señor, debe haber sonado como algo muy extraño al oído de Pilato. Jesús, indudablemente, estaba muy agobiado, triste y debilitado en Su apariencia externa. Él había pasado la primera parte de la noche en el huerto, en medio de una agonía. En horas de la medianoche había sido llevado a rastras de Anás a Caifás, y de Caifás a Herodes; ni siquiera se le había permitido descansar al despuntar el día, de tal forma que, de puro cansancio, se vería muy lejos del parecer de un rey. Si tomaran a alguna pobre criatura andrajosa de la calle, y le preguntaran: “¿Luego, eres tú rey?” difícilmente la pregunta podría ser más sarcástica. Pilato, en su corazón, despreciaba a los judíos como tales, pero aquí tenía frente a sí a un pobre judío, perseguido por los de Su propia raza, desvalido y sin amigos. Sonaba a burla hablar de un reino vinculado a Él. ¡Sin embargo, la tierra no vio jamás a un rey más verdadero! Nadie del linaje de Faraón, de la familia de Nimrod, o de la raza de los Césares era tan intrínsecamente imperial en sí mismo como lo era Él, reconocido muy merecidamente como rey en virtud de Su linaje, Sus logros y Su carácter superior. El ojo carnal no podía ver esto, pero para el ojo espiritual es tan claro como la luz del mediodía.

Hasta este día, en su apariencia externa, el cristianismo puro es igualmente un objeto sin atractivo, y muestra en su superficie pocas señales de realeza. Es sin parecer ni hermosura, y cuando los hombres lo ven, no encuentran una belleza deseable para ellos. Ciertamente, hay un cristianismo nominal que es aceptado y aprobado por los hombres, pero el Evangelio puro, es despreciado y desechado todavía. El Cristo real de hoy, es desconocido e irreconocible entre los hombres, de la misma manera que lo fue en Su propia nación hace mil ochocientos años. La doctrina evangélica está en rebaja, la vida santa es censurada, y la preocupación espiritual es escarnecida. “¿Qué,” preguntan ellos, “tú llamas verdad regia a esta doctrina evangélica? ¿Quién la cree en nuestros días? La

ciencia la ha refutado. No hay nada grandioso acerca de ella; podrá proporcionar consuelo a las viejas, y a todos aquellos que no tengan suficiente capacidad para pensar libremente, pero su reino ha terminado, y no regresará jamás.”

En cuanto a vivir separados del mundo, califican eso de Puritanismo, o algo peor. Cristo en doctrina, Cristo en espíritu, Cristo en la vida: en estas áreas, el mundo no puede soportarlo como rey. El Cristo alabado con himnos en las catedrales, el Cristo personificado en prelados altaneros, el Cristo rodeado por los que pertenecen a las casas reales, *Él* sí es aceptable; pero al Cristo que debe ser honestamente obedecido, seguido, y adorado en simplicidad, sin pompa o liturgias deslumbrantes, a ese Cristo no le permitirán que reine sobre ellos. Pocas personas, hoy en día, estarán de parte de la verdad por la que dieron la vida sus antepasados. El día del compromiso de seguir a Jesús en medio de la maledicencia y de la vergüenza, ha pasado. Sin embargo, aunque los hombres se nos acerquen para preguntarnos: “¿acaso llaman a su evangelio divino? ¿Son ustedes tan ridículos como para creer que su religión viene de Dios y que someterá al mundo?” Nosotros respondemos valerosamente: “¡sí!” ¡Así como debajo del vestido de un campesino y del rostro pálido del Hijo de María, podemos discernir al Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, así también bajo la sencilla forma de un Evangelio despreciado, percibimos los regios lineamientos de la verdad divina. A nosotros no nos importa la ropa o la morada externa de la verdad; la amamos por ella misma. Para nosotros, los palacios de mármol y las columnas de alabastro no tienen importancia. Valoramos mucho más el pesebre y la cruz. Estamos satisfechos de que Cristo reine donde *Él* quería reinar, y ese lugar no es en medio de los grandes de la tierra, ni entre los poderosos y los sabios, sino entre lo vil del mundo y lo que no es, que deshará lo que es, pues a estos ha elegido Dios, desde el principio, para que sean Suyos.

Debemos agregar que la declaración de nuestro Señor, de ser rey, será reconocida un día por toda la humanidad. Cuando, de acuerdo a nuestra versión, Cristo le dijo a Pilato: “Tú dices que yo soy rey,” virtualmente profetizó la confesión futura de todos los hombres. Algunos que han sido enseñados por Su gracia, se regocijan en *Él* en esta vida como su Rey todo codiciable. Bendito sea Dios, el Señor Jesús podría mirarnos a los ojos a muchos de nosotros, y decirnos: “tú dices que yo soy rey,” y nosotros responderíamos: “lo decimos gozosamente.” ¡Pero vendrá el día cuando *Él* se siente en Su gran trono blanco, y entonces, cuando las multitudes tiemblen en la presencia de Su temible majestad, gente incluso como Poncio Pilato, y Herodes, y los principales sacerdotes, reconocerán que *Él* es rey! ¡Entonces, a cada uno de Sus aterrados e irresistible-

mente convencidos enemigos les dirá: “ahora, oh despreciador, tú dices que yo soy rey,” pues ante Él se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará que Él es el Señor!

Recordemos en este punto que cuando nuestro Señor dijo a Pilato: “tú dices que yo soy rey,” Él no se estaba refiriendo a Su dominio divino. Pilato no estaba pensando en eso para nada, ni nuestro Señor, me parece, se refirió a eso: sin embargo, no se olviden que, como divino, Él es el Rey de reyes y Señor de señores. No debemos olvidar nunca que, aunque murió en debilidad como hombre, Él vive eternamente y gobierna como Dios. Y tampoco creo que se refería a Su soberanía mediadora, que posee sobre la tierra en relación a Su pueblo; pues al Señor toda potestad le es dada en el cielo y en la tierra, y el Padre le ha dado potestad sobre toda carne para que dé vida eterna a todos los que le fueron dados. Pilato no estaba aludiendo a eso, en primer lugar, ni nuestro Señor tampoco. Él se estaba refiriendo a ese gobierno que personalmente ejerce en las mentes de los fieles, a través de la verdad.

Ustedes recordarán el dicho de Napoleón: “yo he fundado un imperio mediante la fuerza, y se ha desvanecido; Jesucristo estableció Su reino en el amor, y permanece hasta este día, y permanecerá.” Ese es el reino al que la palabra del Señor se refiere, el reino de la verdad espiritual en el que Jesús reina como Señor sobre aquellos que son de la verdad. Él afirmaba ser un rey, y la verdad que reveló, y de la cual Él era la personificación, es, por lo tanto, el cetro de Su imperio. Él gobierna mediante la fuerza de la verdad sobre aquellos corazones que sienten el poder de la rectitud y de la verdad, y por tanto se someten voluntariamente a Su guía, creen en Su palabra, y son gobernados por Su voluntad. Cristo reclama soberanía entre los hombres como Señor espiritual; Él es rey de las mentes de los que le aman, de los que confían en Él, y le obedecen, porque ven en Él la verdad que desean sus almas con vehemencia. Otros reyes gobiernan nuestros cuerpos, pero Cristo gobierna nuestras almas; aquellos gobiernan por la fuerza, pero Él gobierna por los atractivos de la justicia; la de aquellos reyes es, en gran medida, una realeza ficticia, pero la Suya es verdadera y encuentra su fuerza en la verdad.

Suficiente, entonces, en relación a las afirmaciones de Cristo relativas a ser un rey.

II. Ahora, observen, en segundo lugar, que NUESTRO SEÑOR DECLARÓ QUE ESTE REINO ERA EL PRINCIPAL PROPÓSITO DE SU VIDA. “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo.” La razón por la que nació de la virgen fue para establecer Su reino. Era necesario que naciera para ser Rey de los hombres. Él siempre fue Señor de todo; no necesitaba nacer para ser un rey en ese sentido, pero para ser rey a tra-

vés del poder de la verdad, era esencial que naciera en nuestra naturaleza. ¿Por qué? Yo respondo, primero, porque no es natural que un gobernante sea de naturaleza diferente a la del pueblo al que gobierna. Un rey angélico de los hombres sería algo impropio; no podría darse la identificación que es el cemento de un imperio espiritual. Jesús, para gobernar únicamente por la fuerza del amor y de la verdad, se volvió de la misma naturaleza que la humanidad; fue un hombre entre los hombres, un hombre real, pero un hombre verdaderamente noble y de condición regia, y así, un Rey de los hombres.

Pero, además, el Señor nació para salvar a Su pueblo. Los súbditos son esenciales a un reino; un rey no puede ser rey si no tiene a nadie a quien gobernar. Pero todos los hombres habrían perecido por el pecado, si Cristo no hubiera venido al mundo y no hubiera nacido para salvar. Su nacimiento fue un paso necesario para Su muerte redentora. Su encarnación fue necesaria para la expiación.

Además, la verdad no ejerce nunca tanto poder como cuando se encarna. La verdad hablada puede ser derrotada, pero la verdad actuada en la vida de un hombre es omnipotente, por medio del Espíritu de Dios. Ahora, Cristo no habló simplemente la verdad, sino que Él *era* la verdad. Si hubiera sido la verdad venida en una forma angélica, habría poseído muy poco poder sobre nuestros corazones y nuestras vidas; pero la verdad perfecta en una forma humana, tiene un regio poder sobre la humanidad regenerada. La verdad venida en carne y sangre tiene poder sobre carne y sangre. De aquí que nació para este propósito. Así que cuando oigan las campanas que tañen en la Navidad, piensen en el motivo por el que nació Cristo. No sueñen con que vino a aderezar sus mesas y a llenar sus copas. En su júbilo, miren por encima de todas las cosas terribles. Cuando oigan que en ciertas iglesias hay pomposas celebraciones y espectáculos eclesiásticos, no piensen que Jesús nació para este propósito. No; sino que miren dentro de sus corazones, y piensen que para esto nació: para ser Rey, para gobernar por medio de la verdad en las almas de un pueblo que es, por gracia, conducido a amar la verdad de Dios.

Y luego agregó: “Y para esto he venido al mundo;” esto es, salió del seno del Padre para establecer Su reino, declarando cosas escondidas desde la fundación del mundo. Ningún hombre puede revelar el consejo de Dios, sino Uno que ha estado con Dios; ¡y el Hijo que ha salido de los palacios de marfil de la alegría, nos anuncia las buenas nuevas de gran gozo! Por esta causa vino también al mundo, desde el oscuro retiro del taller de José, donde, durante muchos años estuvo escondido como una perla en su concha. Era necesario que la verdad a la que vino a dar tes-

timonio, fuera dada a conocer, y que resonara en los oídos de la multitud. Puesto que iba a ser Rey, debía abandonar Su retiro, y salir a combatir por Su trono. Tenía que predicar a las multitudes sobre la ladera del monte. Tenía que hablar en la costa del mar. Tenía que reunir a Sus discípulos, y enviarlos de dos en dos para publicar desde los tejados los secretos de la verdad poderosa. No salió porque le encantara ser visto de los hombres, o porque buscara la popularidad; sino con este propósito: que Él pudiera establecer Su reino, habiendo publicado la verdad. Era necesario que saliera al mundo y enseñara, pues de otra manera la verdad no sería conocida, y por consiguiente no podría operar. El sol debe elevarse como esposo que sale de su tálamo, pues de lo contrario el reino de la luz nunca será establecido. El Espíritu debe salir del depósito de los vientos, o la vida nunca reinará en el valle de los huesos secos.

Durante tres años, nuestro Señor vivió conspicuamente, y enfáticamente “vino al mundo.” Él fue visto por los hombres de manera tan cercana que pudo ser visto con los ojos, contemplado, tocado y palpado con las manos. Él tenía el propósito de ser un modelo, y por lo tanto, era necesario que fuera visto. La vida de un hombre que vive en absoluto retiro puede ser admirable para sí mismo y aceptable para Dios, pero no puede ser ejemplar para los hombres: por esta razón el Señor vino al mundo, para que todo lo que iba a hacer, influenciara a la humanidad. Sus enemigos tuvieron permiso para vigilar cada una de Sus acciones, y se les permitió que se esforzaran para sorprenderle en alguna palabra, para probarle. Sus amigos le veían en privado, y sabían lo que hacía en la soledad. Así, su vida entera pudo ser reportada: fue observado en la fría ladera de la montaña a medianoche, así como en medio de la gran congregación. Esto fue permitido para que la verdad fuera conocida, pues cada acción de Su vida era verdad, y contribuía a establecer el reino de la verdad en el mundo.

Hagamos una pausa aquí. Cristo es rey, un rey por la fuerza de la verdad en un reino espiritual; con este propósito nació; por esta causa vino al mundo. Alma mía, hazte esta pregunta: ¿Ha sido cumplido en ti este propósito del nacimiento y de la vida de Cristo? Si no es así, ¿cuál es el provecho de la Navidad para ti? Los miembros del coro cantarán: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado.” ¿Es cierto eso para ti? ¿Cómo podría serlo a menos que Jesús reine en ti, y sea tu Salvador y tu Señor? Los que verdaderamente pueden regocijarse en Su nacimiento son aquellos que le conocen como el Señor de sus corazones, que gobierna su entendimiento por la verdad de su doctrina, su admiración por la verdad de Su vida, y sus afectos por la verdad de Su persona. Para esa gente, Él no es un personaje que deba ser retratado con una corona de oro y un man-

to de púrpura, como los reyes comunes y teatrales de los hombres; sino ¡Alguien más resplandeciente y más celestial, cuya corona es real, cuyo dominio es incuestionable, que gobierna con verdad y amor! ¿Conocemos a este rey?

Esta pregunta se podría aplicar muy bien a nosotros, pues, amados, hay muchos que dicen: “Cristo es mi Rey,” pero que no saben lo que dicen, pues no le obedecen. El que es siervo de Cristo, confía en Cristo, y camina conforme a la mente de Cristo, y ama la verdad que Jesús ha revelado: todos los demás son meros hipócritas.

III. Pero debo continuar. Nuestro Señor, en tercer lugar, REVELÓ LA NATURALEZA DE SU PODER REAL. Ya he hablado de eso, pero debo hacerlo otra vez. Podría pensarse que el texto fuera de esta manera: “Tú dices que yo soy rey; Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para establecer mi reino.” Las palabras no son esas, pero deben significar eso, pues Jesús no era incoherente en su discurso. Nosotros concluimos que las palabras empleadas tienen el mismo significado que esas que el contexto sugiere, aunque está expresado de manera diferente. Si nuestro Señor hubiera dicho: “Para establecer un reino,” Pilato podría haberlo malinterpretado; pero cuando se valió de la explicación espiritual, y dijo que Su reino era la verdad, y que el establecimiento de Su reino era por medio de dar testimonio a la verdad, entonces, aunque Pilato no le entendió (pues estaba muy por encima de su comprensión), sin embargo, de todas maneras, no fue conducido a una mala interpretación.

Nuestro Señor, en efecto, nos dice que la verdad es la característica preeminente de Su reino, y que Su poder real en los corazones de los hombres, es a través de la verdad. Ahora, el testimonio de nuestro Señor entre los hombres, fue enfáticamente sobre asuntos vitales y reales. No trató con ficción, sino con hechos reales; no con trivialidades, sino con realidades infinitas. No habla de opiniones, puntos de vista, o especulaciones, sino de verdades infalibles. ¡Cuántos predicadores desperdician su tiempo sobre lo que puede o no puede ser! El testimonio de nuestro Señor fue pre eminentemente práctico y positivo, lleno de verdades y certezas.

Algunas veces, al estar escuchando un sermón, he deseado que el predicador fuera al grano, y que tratara con algo realmente relacionado con el bienestar de nuestras almas. ¿Qué importancia tienen los miles de temas triviales que revolotean a nuestro alrededor, para hombres que se están muriendo? Tenemos al cielo o al infierno delante de nosotros, y la muerte a tiro de piedra; por Dios, no malgasten el tiempo con nosotros, sino ¡díganos la verdad de una vez! Jesús es rey en las almas de Su pueblo, porque Su predicación nos ha bendecido de la manera más

grande y real, y nos ha dado el descanso en asuntos de ilimitada importancia. Él no nos ha dado piedras bien labradas, sino pan real. Hay mil cosas que ustedes tal vez no sepan, y se habrán perdido de muy poco por no saberlas; pero, oh, si ustedes no conocen lo que Jesús ha enseñado, no les irá bien. Si ustedes son enseñados por el Señor Jesús, tendrán un descanso de sus afanes, un bálsamo para sus aflicciones, y la satisfacción de sus deseos. Jesús da la verdad que necesitan conocer los pecadores que creen en Él: la garantía del pecado perdonado por medio de Su sangre, el favor asegurado por Su justicia, y el cielo obtenido por Su vida eterna.

Además, Jesús tiene el poder sobre Su pueblo porque Él da testimonio no a símbolos, sino a la propia sustancia de la verdad. Los escribas y los fariseos eran muy versados acerca de los sacrificios, las ofrendas, las oblaciones, los diezmos, los ayunos, y cosas semejantes; pero, ¿qué influencia podría tener todo eso sobre los corazones adoloridos? Jesús tiene un poder imperial sobre los espíritus contritos, porque les habla de Su único y verdadero sacrificio y de la perfección que ha obtenido para todos los creyentes. Los sacerdotes perdieron su poder sobre la gente porque no fueron más allá de la sombra, y tarde o temprano, todos aquellos que descansan en el símbolo harán lo mismo. El Señor Jesús retiene Su poder sobre Sus santos porque Él revela la sustancia, pues la gracia y la verdad son por Jesucristo. Cuánta pérdida de tiempo implica debatir sobre la forma de una copa, o la manera de celebrar la comunión, o el color apropiado para la vestiduras del clérigo en la época de Adviento, o la fecha precisa de la Pascua. ¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad! Todas esas trivialidades nunca ayudarán a establecer un reino eterno en los corazones de los hombres. Cuidémonos de no poner nosotros también mucho peso en las cosas externas, y perder de vista lo esencial, la vida espiritual de nuestra santa fe. ¡El reino de Cristo no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo!

El poder del Rey Jesús en los corazones de Su pueblo descansa en gran manera en el hecho de que Él pone de manifiesto la verdad sin mezcla, sin la contaminación del error. Él nos ha entregado una luz pura y no tinieblas; Su enseñanza no es una combinación de la palabra de Dios y de las invenciones del hombre; no es una mezcla de inspiración y de filosofía; plata sin escorias es la riqueza que Él da a Sus siervos. Los hombres enseñados del Santo Espíritu para amar la verdad, reconocen este hecho y rinden sus almas a la influencia real de la verdad del Señor, y los hace libres, y los santifica; nada puede conducirles a repudiar a tal soberano, pues como la verdad vive y mora en sus corazones, así Jesús, quien es la verdad, mora también en ellos. Si saben lo que es la verdad,

ustedes se someterán tan naturalmente a las enseñanzas de Cristo, como los niños se someten siempre a la autoridad de sus padres.

El Señor Jesús enseñó que la adoración tiene que ser verdadera, espiritual y nacida del corazón, pues de lo contrario no sirve de nada. Él no tomó partido por el templo en Gerizim o por el templo en Sion, sino que declaró que la hora había llegado cuando los que adoran a Dios le adorarán en espíritu y en verdad. Ahora, los corazones regenerados sienten el poder de esto, y se regocijan que los emancipe de los miserables elementos del ritualismo carnal. Ellos aceptan de buen grado la verdad de que las palabras piadosas de la oración o de la alabanza serían pura vanidad, a menos que el corazón tenga una adoración viva dentro de sí. En la grandiosa verdad de la adoración espiritual, los creyentes poseen una Carta Magna, tan amada como la vida misma. Nos rehusamos a estar nuevamente sujetos al yugo de servidumbre, y nos adherimos a nuestro rey emancipador.

Nuestro Señor enseñó, también, que vivir falsamente es ruin y aborrecible. Él expresó desprecio por las filacterias ensanchadas de los hipócritas y los extendidos flecos de los mantos de los opresores de los pobres. Para Él, las limosnas ostentosas, las largas oraciones, los ayunos frecuentes, y el diezmo de la menta y del comino no eran nada cuando eran practicados por aquellos que devoraban las casas de las viudas. No le importaban para nada los sepulcros blanqueados y los platos limpiados por fuera. Él juzgaba los pensamientos y las intenciones del corazón. ¡Qué interjecciones utilizó para denunciar a los formalistas de Su día! Debe haber sido un grandioso espectáculo haber visto al humilde Jesús, indignado, tronando en un repique tras otro, Sus denuncias contra la hipocresía. Elías no invocó jamás fuego del cielo que fuera ni la mitad de grandioso. “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas”, es el más estruendoso retumbo de la artillería del cielo! Vean cómo, como un nuevo Sansón, Jesús ataca las imposturas de su época y las apila en un montón sobre otro, para que se pudran para siempre. ¿Acaso Aquel que nos enseña la vida verdadera no será rey de todos los hijos de la verdad? Saludémosle ahora como Señor y Rey.

Además, amados, nuestro Señor no sólo vino para enseñarnos la verdad, sino que fluye de Él un misterioso poder, a través de ese Espíritu que reposa en Él sin medida, que somete a los corazones elegidos a la verdad, y luego guía a los corazones verdaderos a la plenitud de la paz y del gozo. ¿Acaso no han percibido nunca, al haber estado con Jesús, que el sentido de Su pureza los ha conducido a desear vivamente ser purificados de toda hipocresía y de todo camino falso? ¿Acaso no han sentido vergüenza de ustedes mismos al salir de oír Su palabra, de contemplar

Su vida, y, sobre todo, de gozar de Su comunión, porque no han sido más reales, más sinceros, más verdaderos, más rectos, súbditos más leales del verdadero Rey? Sé que lo han sentido. Nada acerca de Jesús es falso o siquiera ambiguo. Él es transparente. De la cabeza a los pies Él es la verdad en público, la verdad en privado, la verdad en palabra, y la verdad en hechos. Por esta razón Él tiene un reino sobre los puros de corazón, y Él es vehementemente enaltecido por todos aquellos que están colocados sobre la justicia.

IV. Y ahora, en cuarto lugar, nuestro Señor EXPLICÓ EL MÉTODO DE SU CONQUISTA. “Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, *para dar testimonio a la verdad.*” Cristo no ha establecido Su reino por la fuerza de las armas. Mahoma sacó la espada, y convirtió a los hombres exigiéndoles que eligieran entre la muerte o la conversión; pero Cristo dijo a Pedro: “Mete tu espada en la vaina.” La compulsión no debe ser usada con nadie para inducirle a aceptar cualquier opinión, mucho menos para conducirlo a aceptar la verdad. La falsedad requiere del potro de tormento de la Inquisición, pero la verdad no necesita de esa ayuda indigna. Su propia belleza, y el Espíritu de Dios, son su fortaleza. Además, Jesús no usó las artes de las supercherías sacerdotales, ni los trucos de la superstición. Los insensatos son persuadidos por un dogma, por el hecho de que es promulgado por un sabio doctor de alto nivel, pero nuestro Raboni no tiene resonantes títulos de honor. La gente vulgar imagina que un enunciado debe ser correcto si emana de una persona que usa largas mangas, o proviene de un lugar donde los estandartes son de costosa hechura, y la música es de lo más dulce: estas cosas son buenos argumentos para quienes no son reformables; pero Jesús no le debe nada a Su ropa, y no influencia a nadie mediante arreglos artísticos. Nadie puede afirmar que Él reina sobre los hombres por el resplandor de la pompa, o por la fascinación de ceremonias sensuales. Su hacha de combate es la verdad; la verdad es tanto Su flecha como Su arco, Su espada y Su adarga. Créanme, ningún reino es digno del Señor Jesús sino aquel que tiene sus cimientos cifrados en verdades indisputables. Jesús despreciaría reinar con la ayuda de una mentira.

El cristianismo verdadero nunca fue promovido mediante política o engaño, haciendo lo malo, o diciendo lo falso. Incluso exagerar la verdad corresponde a engendrar error, y así derribamos la verdad que pretendíamos establecer. Hay algunos que dicen: “presenta una línea de enseñanza, y nada más, para que no parezcas inconsistente.” ¿Qué tengo yo que ver con eso? Si es la verdad de Dios, estoy obligado a presentarla toda, y a no guardarme nada de ella. La política, como un velero que depende del viento, vira por aquí y por allá; pero el hombre verdadero, co-

mo un barco que tiene su propia fuerza motriz, va en línea recta hacia delante aun en medio del huracán. Cuando Dios pone la verdad en las almas de los hombres, les enseña a no desviarse ni a adaptarse, sino a sostenerse a riesgo de lo que sea. Esto es lo que Jesús siempre hizo. Él dio testimonio a la verdad, y allí dejó el asunto; fue cándido como una oveja.

Aquí será apropiado responder la pregunta: “¿a cuál verdad dio testimonio? Ah, mis hermanos, ¿a cuál verdad *no* dio testimonio? ¿Acaso no reflejó toda la verdad en Su vida? Vean cuán claramente expresó la verdad que Dios es amor. Cuán melodioso, cuán semejante a repiques de campanas de Navidad fue Su testimonio a la verdad que “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” También dio testimonio de que Dios es justo. ¡Cuán solemnemente proclamó ese hecho! Sus heridas sangrantes, Sus moribundas agonías sonaron esa solemne verdad, como un tañido fúnebre que incluso los muertos pudieron oír. Dio testimonio a la exigencia de Dios por la verdad en lo íntimo; pues a menudo hizo la disección de los hombres y los desnudó, y abrió sus secretos pensamientos y los descubrió para ellos mismos, y les hizo ver que el ojo de Dios soporta únicamente la sinceridad. ¿Acaso no dio testimonio a la verdad que Dios había resuelto hacer para Sí un pueblo nuevo y un verdadero pueblo? Acaso no estaba siempre hablando de Sus ovejas que oyen Su voz, del trigo que recogería en el granero, y de las cosas preciosas que serían atesoradas cuando los malos fueran arrojados fuera? En eso estaba dando testimonio que lo falso debe morir, que lo irreal debe ser consumido, que la mentira debe cubrirse de herrumbre y pudrirse; pero que lo verdadero, lo sincero, lo lleno de gracia, lo vital debe soportar cualquier prueba, y debe durar más que el sol.

En una época de fingimientos, siempre estaba barriendo con las pretensiones y estableciendo la verdad y la rectitud como Sus testigos. Y ahora, amados, esta es la manera en la que el reino de Cristo será establecido en el mundo. Por esta causa nació la iglesia y por este propósito vino ella al mundo, para establecer el reino de Cristo dando testimonio a la verdad.

Yo anhele, amados míos, ver que todos ustedes den testimonio. Si aman al Señor, den testimonio a la verdad. Deben hacerlo personalmente; deben hacerlo colectivamente. Nunca se unan a una iglesia cuyo credo no crean entera y sinceramente, pues si lo hicieran estarían actuando una mentira, y serían, además, partícipes del error de los testimonios de otros hombres. Yo no diría, ni por un instante, nada que retardara la unidad cristiana, pero hay algo antes de la unidad, y es, “la verdad en lo

íntimo” y honestidad delante de Dios. Yo no me atrevería a ser miembro de una iglesia cuya enseñanza yo supiera que es falsa en puntos vitales. Preferiría ir al cielo solo, que engañar mi conciencia por tener compañía. Ustedes podrán decir: “pero yo protesto contra el error de mi iglesia.” Queridos amigos, ¿cómo podrían protestar consistentemente en contra de ese error cuando profesan estar de acuerdo con él, siendo miembros de una iglesia que lo avala? Si eres un ministro de una iglesia, en efecto estás diciéndole al mundo: “yo creo y enseño las doctrinas de esta iglesia;” y si subes al púlpito y dices que no crees en ellas, ¿qué concluirá la gente? Dejo que juzguen por ustedes mismos.

Vi la torre de una iglesia el otro día, con un reloj en ella, que me sorprendió al marcar las diez y media cuando yo pensaba que eran las nueve aproximadamente; sin embargo, me tranquilicé cuando vi que otra cara del reloj indicaba las ocho y quince. “Bien,” pensé, “cualquiera que sea la hora, ese reloj está equivocado, pues se contradice a sí mismo.” Así que cuando oigo a un hombre que dice algo de acuerdo a la membresía de su iglesia y luego otra cosa en contra, de conformidad a su criterio personal, vamos, independientemente de lo que sea correcto, ciertamente no es consistente consigo mismo.

Demos testimonio a la verdad, puesto que hay gran necesidad de hacerlo ahora mismo, pues dar testimonio no goza de buena fama. La época no ensalza ninguna virtud tanto como la “liberalidad”, y no condena ningún vicio tan fieramente como la intolerancia, *alias* la honestidad. Si creen en algo y lo sostienen con firmeza, todos los perros les van a ladrar. Déjenlos que ladren: dejarán de hacerlo cuando se cansen. Ustedes son responsables ante Dios, y no ante hombres mortales. Cristo vino al mundo para dar testimonio a la verdad, y Él te ha enviado para que hagas lo mismo; cuídate de hacerlo, sin importar que ofendas o agrades; pues es únicamente mediante este proceso que el reino de Cristo va a ser establecido en el mundo.

Ahora, lo último es esto. Nuestro Salvador, habiendo hablado de Su reino y de la manera de establecerlo, DESCRIBIÓ A SUS SÚBDITOS: “Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz.” Es decir, dondequiera que el Espíritu Santo ha convertido a un hombre en un amante de la verdad, ese hombre siempre reconocerá la voz de Cristo y se someterá a ella. ¿Dónde está la gente que ama la verdad? Bien, no necesitamos investigarlo arduamente. No necesitamos la lámpara de Diógenes para encontrar a esas personas, pues saldrán a la luz; y, ¿dónde está la luz sino en Jesús? ¿Dónde están esos hombres consistentes, que son lo que parecen ser? ¿Dónde están los hombres que desean ser verdaderos en secreto y delante del Señor? Pueden ser encontrados allí donde el pueblo de Cristo

es descubierto; serán encontrados escuchando a aquellos que dan testimonio a la verdad. Quienes aman la verdad pura, y saben lo que es Cristo, se enamorarán con seguridad de Él y oirán Su voz. Juzguen ustedes, entonces, en este día, hermanos y hermanas, si son de la verdad o no; pues si aman la verdad, ustedes conocen y obedecen la voz que les pide que se alejen de sus viejos pecados, de los falsos refugios, de los malos hábitos, de todo aquello que no sea conforme a la mente del Señor. Le han oído en su conciencia, cuando les riñe por todo lo falso que permanece en ustedes; y también cuando alienta en ustedes la parte de la verdad que está luchando allí. Habré concluido, cuando les haya transmitido una o dos exhortaciones.

La primera es, amados, ¿nos atrevemos a ponernos del lado de la verdad en esta hora de su humillación? ¿Reconocemos la realeza de la verdad de Cristo cuando la vemos deshonrada cada día? Si la verdad del Evangelio fuera honrada en todas partes, sería fácil decir “la creo;” pero ahora, en estos días, cuando no tiene honor entre los hombres, ¿nos atrevemos a adherirnos a ella a toda costa? Están dispuestos a caminar con la verdad a través del lodazal y a través del pantano? ¿Tienen el valor de profesar una verdad que no está de moda? ¿Están dispuestos a creer la verdad contra la cual la falsamente llamada ciencia ha desfogado su rencor? ¿Están dispuestos a aceptar la verdad aunque se diga que sólo los pobres y las personas sin educación la reciben? ¿Están dispuestos a ser los discípulos del Galileo, cuyos apóstoles fueron pescadores? De cierto, de cierto les digo que en aquel día en el que la verdad en la persona de Cristo se manifieste en toda su gloria, les irá muy mal a quienes se avergonzaron de reconocerla y de reconocer a su Señor.

A continuación, si hemos oído la voz de Cristo, ¿reconocemos el propósito de nuestra vida? ¿Sentimos que “nosotros para esto hemos nacido, y para esto hemos venido al mundo, para dar testimonio a la verdad?” No creo que tú, mi querido hermano, viniste al mundo para ser un lencero, o un subastador, y nada más. No creo que Dios te haya creado, hermana mía, para que seas simplemente una costurera, o una enfermera, o una ama de casa. Las almas inmortales no fueron creadas para simples propósitos mortales. Para este propósito nací, para que, con mi voz en este lugar, y en todas partes, dé testimonio a la verdad. Ustedes reconocen eso. Entonces les ruego, a cada uno de ustedes, que reconozcan que ustedes también tienen una misión similar. “Yo no podría ocupar el púlpito,” dirá alguien. No te preocupes por eso: da testimonio a la verdad allí donde estás, y en tu propia esfera. Oh, no desperdicien el tiempo ni la energía, sino testifiquen de inmediato a favor de Jesús.

Y ahora, por último, ¿reconocen, amados, la dignidad superlativa de Cristo? ¿Ven qué Rey es Cristo? ¿Es Él un Rey para ti como no podría serlo nadie más? No fue sino ayer que un príncipe entró a una de nuestras grandes ciudades, y la gente llenó todas sus calles para darle la bienvenida, y sin embargo, no era sino un hombre mortal. Y luego, en la noche, iluminaron su ciudad, e hicieron que los cielos resplandecieran como si el sol se hubiera levantado antes de la hora señalada. Pero, ¿qué había hecho este príncipe por ellos? Eran súbditos leales, y esa era la razón de su gozo. Pero, oh, amados, no necesitamos preguntar: “¿qué ha hecho Cristo por nosotros?” Deberíamos preguntarnos: “¿qué no ha hecho por nosotros?” ¡Emanuel, todo lo debemos a Ti! ¡Tú eres nuestro nuevo creador, nuestro Redentor del más profundo abismo del infierno! ¡En Ti, esplendoroso y todo codiciable, Tus hermosuras promueven nuestra admiración! ¡Tú viviste por nosotros, te desangraste por nosotros, moriste por nosotros; y Tú estás preparando un reino para nosotros, y vas a regresar para llevarnos para estar contigo allí donde Tú estás! Todo esto infunde amor en nosotros. ¡Todos te aclamen! ¡Todos te aclamen! ¡Tú eres nuestro Rey, y te adoramos con toda nuestra alma!

Amados, les suplico que amen a Cristo, y que vivan para Él mientras puedan. Trabajen mientras haya oportunidad. Cuando he tenido que guardar reposo, y no he sido capaz de hacer algo, el gran dolor de mi corazón ha sido mi incapacidad de servirle a Él. Oía a mis hermanos gritando en el campo de batalla, y veía a mis camaradas marchando al combate, y yo estaba tirado como un soldado herido en una zanja, y no me podía mover, excepto que entre suspiros decía una oración para que todos ustedes sean fuertes en el Señor y en el poder de Su fuerza. Este era mi pensamiento: “¡oh, que hubiese predicado mejor cuando podía predicar, y que hubiese vivido más para el Señor mientras podía servirle!” ¡No incurran en esos remordimientos en el futuro por causa de la haraganería presente, sino vivan ahora para Él, que murió por ustedes!

Si alguien presente en esta reunión no ha obedecido nunca a nuestro Rey, que venga a confiar en Él ahora; pues es un tierno Salvador, y está dispuesto a recibir al pecador más grande y más negro que venga a Él. Quienquiera que confíe en Él, nunca descubrirá que le fallará; pues Él puede salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios. Que los traiga a Sus pies, y reine sobre ustedes en amor. Amén.

Porción de la Escritura leída antes del Sermón: Salmo 85.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #1086—Volume18.

JESUS, THE KING OF TRUTH